

PRÓLOGO

ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA,
PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN CATÓLICA DE PROPAGANDISTAS

Rasgo característico de la ACdP desde el mismo momento de su nacimiento ha sido la preocupación por la vida pública. Su inicial movilización contra la ley del Candado tuvo tal éxito que temiendo la aparición de un tercer partido que pudiera debilitar a los integrantes del turno, el entorno de Alfonso XIII presionó a los jesuitas hasta conseguir que su fundador, el padre Ángel Ayala, pasara de rector del ICAI y del colegio de Areneros a hacerse cargo de una obra menor de la Compañía en Ciudad Real, lo que ciertamente no era un ascenso.

En 1911, al hacerse los propagandistas con el control de *El Debate*, la influencia de la joven asociación aumentó enormemente, y más aún cuando en los años siguientes diversas cabezas fueron uniéndose a su red periodística. Desde sus páginas se apoyaron iniciativas tales como el nacimiento del grupo de la Democracia Cristiana o el Partido Social Popular, intento de regenerar la vida pública que se vio truncado por la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera y las diversas posturas que sobre la colaboración con la misma se dieron en su seno.

Aunque no suele recordarse, la primera gran iniciativa política de la ACdP fue la creación de la Unión Patriótica. Llegado al poder en septiembre de 1923 gracias a un golpe de Estado in-cruento, Miguel Primo de Rivera presentó inicialmente su régimen como «una letra a noventa días», una situación excepcional

que cesaría tan pronto como se hubieran arreglado los problemas del país, volviendo entonces a considerar la Constitución de 1876 como «el más sagrado de los códigos». Ángel Herrera planteó entonces la necesidad de crear una formación que pudiera sustituir en su momento el vacío que ante la crisis de los partidos del turno quedaría en España después de la Dictadura. Su propósito era crear en las diversas provincias de España, comenzando por las de Castilla, «uniones patrióticas» provinciales que una vez establecidas en todo el país dieran lugar a una organización nacional capaz de hacerse con el poder. La idea gustó a Primo de Rivera, que vio en el movimiento que empezaba a organizarse la posibilidad de encauzar el apoyo popular que inicialmente encontró su régimen, y se mostró dispuesto a encabezar la iniciativa. El intento de resistencia de Herrera, plasmado en diversos artículos de *El Debate*, en los que incidía en que de nada servía crear organizaciones políticas desde arriba, pues tales organizaciones se desplomarían como un castillo de naipes cuando se perdiera el poder, resultó estéril. La Unión Patriótica, ya sin nada que ver con Herrera, aunque en sus filas pudiera seguir habiendo algunos propagandistas, se convirtió así en el partido oficial de la Dictadura, un partido de masas que tal y como había pronosticado don Ángel resultó completamente inoperativo cuando Primo de Rivera fue sustituido por Berenguer.

En las elecciones municipales de abril de 1931 *El Debate* mantuvo una clara postura de defensa de la monarquía, El 11 de abril de 1931 el periódico apostaba por la victoria monárquica en las urnas. El 13 señalaba que las elecciones municipales no podían tener otro alcance que el meramente administrativo, y el 14 afirmaba que no podía contemplarse la idea de la abdicación real, pues ni la Corona pertenecía al rey, ni las elecciones municipales, ganadas por la conjunción republicano-socialista sólo en las grandes ciudades, eran un plebiscito. En suma, una defensa de la monarquía que no tenía nada que envidiar a la que se realizaba desde las páginas del *ABC*.

Sin embargo, y pese a estos antecedentes, el 15 publicaba el que en opinión de García Escudero puede considerarse «el editorial más comprometido y famoso de su historia y uno de los más importantes (a mi juicio, el que más) en la historia del periodismo español»:

Desde ayer existe la Segunda República española [...]. Es la forma de Gobierno establecida «de hecho» en nuestro país. En consecuencia, nuestro deber es acatarla [...]. Y no le acataremos pasivamente, como se soporta una fuerza invencible por la nuestra propia: le acataremos de un modo leal, activo, poniendo cuanto podamos para ayudarle en su cometido, porque no son la simpatía o la antipatía las que nos han de dictar normas de conducta: es el deber, grato o penoso, quien nos manda y alecciona [...] hombres de la Monarquía, hombres de la República, han de juntarse en un ideal común, en un deber supremo, que es España. Por ello, el Gobierno debe buscar el concurso de los hombres capaces, estén donde estén. Y todos deben prestarlo lealmente, porque la nación está por encima de las formas de Gobierno. Proceder de otra suerte sería crimen de lesa Patria.

El 20 de abril el Boletín de la Asociación publicaba un recuadro titulado «Los propagandistas y la política» en que al tiempo que se recordaba que la ACdP como tal no podía realizar campañas políticas ni sus dirigentes participar en las mismas en su condición de tales, «pues el fin de nuestra asociación es supra político, exclusivamente católico», señalaba que sus miembros tenían como ciudadanos el derecho y el deber de intervenir en la política. El centro de Madrid (y luego todos los demás), suspendieron sus reuniones para que sus integrantes pudieran intervenir en la próxima campaña electoral. Tras una reunión celebrada el día 26 en la casa de ejercicios del Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, en Chamartín, fueron varios los propagandistas que salieron hacia diversos puntos de España para comenzar su tarea. El 29 se constituyó Acción Nacional, que se presentaba como una «organización de defensa social [...] para defender

instituciones y principios no ligados esencialmente a una forma determinada de gobierno», y cuyo programa se sintetizaba en «religión, patria, familia, orden, trabajo, propiedad». De los diez miembros de su junta directiva, siete eran propagandistas.

El primer acto de la nueva formación tuvo lugar el 12 de junio, y en las elecciones del 28 tan solo se obtuvieron seis diputados, entre los que no se encontraba Herrera, que se había presentado por Madrid. El resultado podía considerarse tan bueno o tan malo como se deseara, pues aunque se tratara de un grupo exiguo lo cierto es que una formación nacida de la nada había logrado tener presencia en el parlamento, lo que no consiguieron ninguno de los partidos del turno. Además, esta formación, que tuvo que cambiar el nombre a Acción Popular por la decisión del gobierno de la República de que ningún partido pudiera llevar la palabra nacional en su nombre, acabaría convirtiéndose en el núcleo de la futura CEDA, el más importante partido de derechas de la Segunda República. Herrera, que no tardó en abandonar la formación, fue sucedido por otro propagandista, José María Gil Robles, a quien sólo pidió que tratara de llevarse bien con Alcalá Zamora, algo en lo que no tuvo ningún éxito. De haber sido escuchado es posible que la historia de la Segunda República hubiera sido diferente.

Pero, y esta pluralidad es algo muy propio de la ACdP a lo largo de toda su historia, hubo también propagandistas que formaron parte de las Cortes de 1931 como integrantes de otros partidos políticos. Su conjunción en los temas que tenían que ver con la Doctrina Social de la Iglesia se vio muy clara durante la discusión del proyecto constitucional, y más concretamente durante el debate en torno a su artículo 24 (26 del texto definitivo), coincidiendo en su oposición al mismo José María Gil Robles, el diputado carlista Marcelino Oreja y el nacionalista catalán Carrasco Formiguera, fusilado por los nacionales en 1938. A ellos podría unirse el nacionalista vasco José Antonio Aguirre, que no llegó a intervenir pues lo hizo el portavoz de su partido, Leizaola, y también el diputado agrario por Salamanca José María Lamamié de

Clairac, que en su día había sido uno de los fundadores de la entonces Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, y que sí que tomó parte en el debate, pero que se había dado de baja en la Asociación bastante tiempo antes.

Tras las elecciones de 1933 fueron varios los miembros de la asociación que formaron parte de los ministerios de coalición entre cedistas y radicales, como el propio José María Gil Robles, Federico Salmón, Manuel Giménez Fernández y Luis Lucia, que gozó del raro privilegio de ser condenado a muerte durante la guerra civil tanto por los republicanos como por los nacionales.

En época de Franco diversos propagandistas ocuparon Carteras ministeriales, como Pedro Gamero del Castillo, José Larraz, José Ibáñez Martín, José María Fernández Ladreda, Joaquín Ruiz Giménez, Alberto Martín Artajo, Fernando María Castiella, Federico Silva Muñoz, Alfredo Sánchez Bella, Tomás Garicano Goñi, Cruz Martínez Esteruelas, Alejandro Fernández Sordo y José María Sánchez Ventura, mientras que otros se mantuvieron alejados del régimen, como los asistentes al denominado contubernio de Munich: Fernando Álvarez de Miranda, Jesús Barros de Lis, Iñigo Caveró, José Luis Ruiz-Navarro y José María Gil Robles, y ello sin olvidar que varios de los que fueron ministros acabaron también en las filas de la oposición, como Gamero del Castillo y Ruiz Giménez.

Debido al carácter personalista del régimen era evidente que la muerte del general Franco debería producir numerosos cambios políticos por mas que don Juan Carlos hubiera sido designado como sucesor a título de rey. Y al igual que en 1931 Ángel Herrera había publicado el famoso editorial del *Ya* al que hemos hecho referencia, en 1973 el entonces presidente de la ACdP, Abelardo Algora, invitó a cenar a 29 propagandistas en el Colegio Mayor de San Pablo y en la sobremesa les indicó que ante la situación española ni la Asociación ni sus miembros podían permanecer indiferentes, por lo que era necesario organizarse y realizar las actividades «que su condición de propagandistas les

aconseje en relación con la vocación de ordenar la sociedad conforme a los valores cristianos». A partir de aquí tuvieron lugar varias reuniones y finalmente se tomó el acuerdo de «hacer un llamamiento a otras personas y redactar una serie de artículos que se publicarían en el periódico *Ya*».

Tras varios meses de reunirse en las bibliotecas del CEU y del Colegio Mayor de San Pablo, el primer artículo del grupo que se había constituido apareció en el *Ya* el 23 de junio de 1973. Se trataba de un comentario sobre las esperanzas de apertura que había generado el nombramiento de un nuevo presidente del Gobierno, Carrero Blanco, al quien se incitaba a emprender un camino que permitiera una mayor participación de los españoles en la «cosa pública». Un texto a la par audaz y moderado, como correspondía a los diversos talentos de sus redactores, y que una vez se hubo logrado terminar hubo de superar una nueva dificultad: encontrar un nombre adecuado para su firma. Aunque inicialmente no contó con un gran apoyo, al final se optó porque este primer artículo llevara la firma de *Tácito*, propuesta que salió de Marcelino Oreja, quien haciéndose eco de un juicio de Marañón veía en él a un decidido partidario de la libertad, capaz sin embargo de comprender las ventajas de la dictadura frente a la anarquía. El eco obtenido por esta primera publicación, y las referencias que a partir de entonces se hicieron a los *Tácitos*, consolidaron aquel nombre que había surgido como provisional, y que también podía vincularse al tacitismo político y a la necesidad que la situación política obligaba de decir muchas cosas de forma no todo lo clara que hubiese sido de desear.

El trabajo de Juan Antonio Ortega y Díaz Ambrona que ahora publicamos, y que supone una gran aportación para el conocimiento de este influyente grupo de la transición política española debido tanto a la riqueza de los fondos documentales consultados como a la propia trayectoria vital de su autor, hace hincapié en la pluralidad de sus integrantes, entre los que hubo tanto miembros de la ACdP como quienes no lo eran, y tiene

como uno de sus grandes aciertos el distinguir tres facetas distintas: el *Tácito* autor, cuya cronología se extiende entre el 23 de junio de 1973 y el 4 de febrero de 1977; el *Tácito* actor político, decisivo en la creación del primer Partido Popular y del Centro Democrático; y el *Tácito* gobernante, del que formaron parte numerosos ministros, secretarios de Estado y directores generales, de los que por referirnos tan solo a los primeros podemos hacer mención de nombres tan relevantes como los de Alfonso Osorio, Landelino Lavilla, Marcelino Oreja, Jose Manuel Otero Novas, José Luis Álvarez, Iñigo Cavero, Eduardo Carriles, Andrés Requena y Juan Antonio Ortega Díaz Ambrona, autor de las páginas que siguen y el único de los anteriores que no era miembro de la ACdP.

Más allá de los hechos concretos de la historia que a continuación se nos narra magistralmente, con sus logros y sus fracasos, lo que en la actualidad nos resulta más sugerente de los *Tácitos* es su propósito de hacer una Transición basada en el diálogo y el deseo de concordia, algo que creemos contribuyeron poderosamente a conseguir.

INTRODUCCIÓN: UN PEQUEÑO GRUPO QUE EMPRESARÍA GRANDES ACCIONES

Este libro nace de la propuesta que su autor hizo al historiador, profesor Alfonso Bullón de Mendoza, presidente de la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), para publicar una historia del grupo *Tácito*, en su circunstancia histórica y su contexto político.

Yo creí interesante, como participante en el Grupo, redactor de muchos de los artículos de *Tácito* y cooperador en sus actividades, reunir en una monografía la trayectoria del Grupo y de sus componentes más destacados dentro de la circunstancia española del tardofranquismo, Transición y tiempos inmediatos posteriores.

Yo había mencionado varias veces al grupo *Tácito* y narrado episodios aislados en mi *Memorial de Transiciones (1939-1978)*¹ como parte de mis antaños. En este Memorial las referencias al Grupo estaban dispersas como un elemento importante, pero menor, de mi propia vida política. Respondían a un enfoque autobiográfico y sus personajes aparecían descritos en tonos a veces desenfadados, fruto de la confianza y de la proximidad de los acontecimientos. Pero no era mi propósito de entonces presentar una narración detallada del Grupo, ni de su circunstancia histórica, basándome en datos y pruebas comprobables.

1 Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, *Memorial de Transiciones (1939-1978)*, *La Generación de 1978*. Ed. Galaxia/Gutenberg, Barcelona 2015; 735 páginas.

Ésta es mi intención actual. Pretendo narrar la vida del grupo *Tácito* desde 1973 como un sujeto histórico, del que formaron parte personas relevantes, que tuvo su importancia en el proceso de tránsito del franquismo a la democracia y también ciertos desarrollos posteriores de los «tácitos» que se prolongaron en el tiempo.

La acción de *Tácito* presenta, al menos tres caras distinguibles: Ante todo como «autor» de artículos periodísticos, firmados con ese seudónimo colectivo y reunidos en un libro; en segundo lugar, como «actor» político, que presentó al público su libro y fundó el primer «Partido Popular», germen del Centro Democrático y antecedente de la «Unión de Centro Democrático»; finalmente a través de los «tácitos» participantes en la «acción de gobierno» como colaboradores de Adolfo Suárez.

Estoy convencido de la importancia del legado de esos tres «tácitos» en el proceso democrático español. Pero sus aportaciones, por relevantes que fueran, estuvieron siempre unidas a las de otros actores decisivos. *Tácito* inspiró muchas acciones que se produjeron en la Transición. No fue el único, por supuesto, en proponerlas, pero a veces sí fue de los primeros.

La Transición fue un periodo fecundo en la historia de España. Destacaron en ella dos o tres personas que a mi modo de ver tuvieron el papel más relevante. Ante todo, la que llamé la «tripleta central» de la generación del 78, el Rey Juan Carlos, Adolfo Suárez y Felipe González. Y de la generación anterior Santiago Carrillo.

Hoy se tiende a socavar a la generación de la Transición. A los supervivientes se nos moteja, a veces, de «enfurruñados». Del Rey se procura tapar su papel decisivo en el paso del franquismo a la democracia, para poner el foco en otros aspectos de su trayectoria vital. Se erosiona en general el prestigio de Adolfo Suárez, se le procura negar su papel central en la Transición democrática y se le llega a imputar, en el colmo del desvarío, haberse dado un «autogolpe» el 23F a sí mismo, sin prueba alguna. A Felipe no se le valora bien su papel durante esa transición y su largo periodo de gobierno encerrándole en la metáfora del jarrón chino.

En estas circunstancias no está, quizás, de más recordar lo que se debe al grupo *Tácito*, que no fue poco y resultó compartido con muchos otros, pues en esta historia, que ahora sigue, no hay prurito de monopolizar la Transición, sino de ceñirse al curso real de los cambios en su contexto. En la génesis de algunos de ellos tuvo el grupo *Tácito*, pese a su pequeñez, influencia notoria como levadura o catalizador en un profundo proceso, que se prolongó y en el que aun seguimos inmersos.

LA CIRCUNSTANCIA HISTÓRICA DEL GRUPO *TÁCITO*

Esta es la pequeña historia de un grupo reducido de personas –entre quince y treinta, por término medio– que quisieron desde los amenes del franquismo influir para lograr en España un tránsito seguro y pacífico a la democracia. Mal se puede entender lo que representó el grupo *Tácito* en nuestra transición sin insertarlo en su circunstancia histórica y contexto político de su nacimiento, desarrollo y conclusión. No surgió de la nada. Fue impulsado al principio por la Asociación Católica de Propagandistas, la ACNdP. Nació en el «tardofranquismo», en 1973, actuó en la «pretransición» y en la Transición hasta 1978. Adoptó, tras no pocas vicisitudes, una ideología de estirpe democristiana de corte nuevo y con actitud política centrista.

La narración de su historia requiere unas consideraciones previas sobre ese contexto histórico y político que rodeó a *Tácito* para mejor conocer las circunstancias en que nació y se desarrolló.

LA CIRCUNSTANCIA RELIGIOSA

El catolicismo ha tenido en España un peso destacado a lo largo de los siglos. Constituye, todavía hoy, un apego amplio y profundo para gran parte de la población. Su cosmovisión está viva entre nosotros. Es un elemento básico para indagar nuestra propia identidad colectiva. Durante bastantes años se pensó, incluso, que españolismo y catolicidad iban unidos en esencia.

Se puede sondear nuestra narración histórica hasta gran profundidad y encontraremos siempre, en mayor o menor grado, esa vinculación estrecha, o vestigios de ella, como clave de interpretación de lo sucedido: desde la conversión de los visigodos, pasando por la lucha o «reconquista» de los reinos cristianos frente al Islam, siguiendo por los Reyes Católicos, la conquista de América como «evangelización» de los indios, la defensa de la ortodoxia católica en Trento, la «monarquía hispana» como monarquía «católica» y todo lo demás bien conocido como ingrediente indispensable de la narrativa recibida de nuestra nación.

Cierto que ahora muchos de esos hechos tienden a difuminarse. Se ven «resignificados», modificados o corregidos. Pero siguen ahí como tales hechos, en el testimonio de nuestras iglesias, desde humildes ermitas a majestuosas catedrales góticas; en muchas de nuestras pinturas, arte sacro, incluida la música, nuestra literatura en comedias, dramas y autos sacramentales de nuestros clásicos. Son hechos históricos innegables, herencia de antiguas creencias de un pueblo que encontró, después, otras modernizadoras y secularizadas.

Esto es así, pero a los efectos de una historia de *Tácito* no es preciso alejarse mucho en el tiempo. Bastan unas pinceladas cercanas para esbozar la relación heredada entre el sentimiento de la religión y lo «español».

Por ejemplo, podemos atender a la lucha contra el invasor napoleónico, que reforzó la fuerza de nuestro sentimiento nacional. Como pequeña muestra de esto quiero traer a colación un texto de Pedro Antonio de Alarcón, ese constructor del nacionalismo español. Sabido es que el sentimiento nacional crece frente a un vecino enemigo, sea en guerra defensiva, si es un invasor, sea como esfuerzo bélico para defender la «dignidad nacional» contra otro adversario potencial externo y recurrente como Marruecos.

El texto de Alarcón no pertenece a su famoso libro sobre la guerra de África en 1859. Es una historia corta menos conocida y escrita en Guadix en 1857. Se titula *¡Viva el Papa!* En ella aparece el pontífice Pío VII, retratado por Alarcón como un pobre an-

ciano, a quien Napoleón lleva prisionero por Francia en silla de postas y va cruzando los polvorientos caminos del Delfinado durante el verano abrasador de 1809. Napoleón ya había decretado la anexión de los Estados pontificios y declarado a Roma «ciudad imperial libre». En consecuencia, sacaba por la fuerza al Romano Pontífice de su trono por resistirse a renunciar a sus estados.

Esto da lugar a la anécdota, que Alarcón considera verídica, de un encuentro casual en Montelimar entre el Papa prisionero y un grupo de militares españoles –derrotados por los napoleónicos– que deambulaban también forzados y que se arrancaron al ver a Pío VII con un sonoro «¡Viva el Papa!» contagiando incluso a algunos franceses presentes. Sea o no cierto lo narrado importa ascender de la anécdota a la categoría en el comentario de nuestro ilustre novelista, con la idea de lo que suponía entonces sentirse español:

Ser español –escribía Alarcón– significaba en aquel tiempo mucho más que ahora. Significaba ser vencedor del capitán del siglo; ser soldado de Bailén y Zaragoza; ser defensor de la historia, «de la tradición, de la fe antigua»; mantener la independencia de las naciones; «paladín de Cristo»; cruzado de la libertad...²

Esa vinculación entre lo católico y lo español no se extinguió en el siglo XIX, sino que pasó al XX. Recuerdo que en 1955, cuando enfilaba yo mi preuniversitario nos pidieron un estudio sobre don Marcelino Menéndez y Pelayo, entonces muy en boga³. Y consulté un libro referido a don Marcelino, titulado *Hispanidad-*

2 Pedro Antonio de Alarcón *«Historietas nacionales»; ¡Viva el Papa!* Novelas cortas. Madrid 1921. Sucesores de Rivadeneira (SA), p. 61.

3 El presidente de la ACNdp Fernando Martín-Sánchez agradece en 1952 el envío por Rafael Calvo Serer de su artículo sobre la significación cultural de Menéndez Pelayo: ACNdp AGUN/RCS/001/040/003-1. Y AGUN/JMV/127/014/197. Las citas de AGUN, que se repiten en muchas notas, designan documentos depositados en el Archivo de la Universidad de Navarra por personas pertenecientes o no al grupo *Tácito*. Las iniciales del nombre del depositante aparecen tras la mención del archivo y antes de la signatura del documento. Así Abelardo Algora es AA/130, Jesús Barros (JB/ 036), José Luis Álvarez (JLA/ 045), Eugenio Nasarre (EN/083), Marcelino Oreja (MO/097), etc. En mi caso sin estar hoy todavía entregados todos mis documentos habrá solo una mención: AGUN/JAO.

Catolicidad (Juicio del liberalismo) de Luis Villaronga. «Defender a España –escribía Villaronga– es defender la Iglesia católica. Defender la Iglesia católica es defender a España»... «España no se concibe sin el catolicismo»⁴. El liberalismo con sus arbitrariedades era el gran culpable de nuestros males desde las Cortes de Cádiz de 1812. «España no fue liberal... porque su misión providencial, única en la historia, le impedía serlo»⁵.

Villaronga no decía algo distinto a don Marcelino en gran parte de su obra o en su famoso *Brindis* del Retiro en homenaje a Calderón de la Barca. Menéndez Pelayo se proclamaba católico, no nuevo ni viejo, sino católico «a machamartillo» como sus padres y abuelos «y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna». Era la tradicional construcción de nuestra identidad: la espanolidad como inseparable de la catolicidad.

En consecuencia, los católicos españoles, a lo largo del XIX y después, mantuvieron ese respeto integral por la Iglesia y el Papa, así como por la monarquía católica tradicional. Abominaban del liberalismo, «la peste del siglo XIX»⁶, defendían la devolución de los estados pontificios a su legítimo titular («la cuestión romana»); se sentían ajenos al mundo moderno, alérgicos a sus «errores» procedentes de la Ilustración y se mantenían muy apegados a nuestras viejas y santas tradiciones, que en parte coincidían con el lema «¡Dios, Patria y Rey!» o «¡Rey y fueros!» Un rey que no era –por supuesto– un monarca constitucional ni liberal, sino alguien enraizado en el Antiguo Régimen y defensor de la Tradición.

Con todo esto los católicos españoles no se apartaban de las enseñanzas de la Iglesia durante años, como mostraba el famoso *Syllabus*, que compendia los «errores del mundo moderno» y

4 Luis Villaronga, *Hispanidad-Catolicidad. Juicio del liberalismo*. Instituto Editorial Reus. Madrid 1951, p. II.

5 Villaronga, *Ibíd.*, p. 32.

6 Francisco J. Montalbán, *Historia de la Iglesia católica. Edad Moderna. (1648-1963)*, revisada por Bernardino Llorca y Ricardo G^a Villoslada. B. A. C. Madrid MCMLXIII, p. 757. El «liberalismo» era una «desviación heterodoxa», junto con el «racionalismo» y el «modernismo», o «tendencia a acomodar el catolicismo a los tiempos modernos» (p. 759).